

(10)

2 mujeres

1 hombre

LA SILLITA

Una calle solitaria y llena de sombra, en Sevilla. Al fondo, la puerta de la casa de Amalia, la vecina más pacífica y desocupada de la calle. Ex móbida, en el mes de junio.

*Por un lado de la calle sale Isabela, y Román por el otro. Isabela, hija de una famosa estanguera sevillana, heredará de su madre la fama y el estanco. Román, hijo de un no menos famoso dorador, heredará asimismo la tienda y la fama. Se cruzan en medio de la calle, se miran distraídos y luego los dos vuelven la cara a la vez y se reconocen.*

ROMÁN: ¡Isabela!

ISABELA: ¡Román!

ROMÁN: ¿Cómo lo pasa usted?

ISABELA: Yo, bien, ¿y usted? Yo desia: yo conozco esta cara.

ROMÁN: Eso mismo me pasó a mí. Como ahora nos vemos tan de tarde en tarde... ¿Quién fue quien me dijo el otro día que usted había estao mala?

ISABELA: ¿Que había estao yo mala?

ROMÁN: ¿Quién fue? ¡Ah, sí! Manolita Álvarez, la entena de *Lenteja*.

ISABELA: ¿De *Lenteja*?

ROMÁN: *Lenteja*, er de la piassa de la Encarnación.

ISABELA: No lo conozco.

ROMÁN: Y ¿ha sido verdá eso? ¿Ha estao usted mala?

ISABELA: Sí, señó. Este mayo passao me dió un gripe muy fuerte.

ROMAN: ¡Dichoso gripe!

ISABELA: Creí que las había. Pero ya estoy mejor.

ROMAN: Ahora no pue usté está mejor.

ISABELA: Gracias.

ROMAN: No hay de qué dárilas.

ISABELA: Usté siempre con sus finuras.

ROMAN: Doradó que soy.

*Sale Amalia a su puerta y se sienta a tomar el fresco. Isabel y Roman que estaban casi delante de ella, se echan a un lado.*

AMALIA: Buenas tardes.

ISABELA: Buenas tardes.

ROMAN: Buenas tardes. ¿Y su madre de usté, Isabela, que no le he preguntao?

ISABELA: Tan buena que está. Con su genio, pero tan buena.

ROMAN: ¿Y su tía?

ISABELA: Tan buena que está. En el estanco casi siempre. Desde que se quedó vida nos acompañá mucho.

ROMAN: Es verdé, que murió Restrepo. ¿De qué murió Restrepo?

ISABELA: ¿Restrepo? Pos Restrepo murió der miedo ar tífus.

ROMAN: Escuche usté: ¿der miedo ar tífus?

ISABELA: Sí; leyó en los periódicos que er tífus daba con el agua, y é, que ya era aficionao, aprató en los licores. Y lo mató un derrame.

ROMAN: ¿De licores?

ISABELA: ¡De licores... y de to lo que bebió en su vida! La pobre tía ha descansao.

ROMAN: ¿Y el hermanito, torca o no torca?

ISABELA: ¿Quién? ¡Mi Pepe? ¡Qué ha de torca!

ROMAN: ¿Por qué?

ISABELA: Porque hasta de los caracoles se asustal. Pa to- do es preciso arriñarse a los toros. Y mi Pepe ve una vaca leñe y se pone blanco.

ROMAN: ¡Ja, ja, ja!

ISABELA: Formé lo digo; no crea usté que es ponderasión. Yo no sé cómo le ha dao por er toro ¡De un bastón con el pinto de cuerno, huyel! No, no lo coge un toro.

ROMAN: Más vale.

ISABELA: Más vale.

ROMAN: Le encaja bien aqueyo que se cuenta der padre de los Gayos. ¿Usté no lo ha oído?

ISABELA: No.

ROMAN: Pos disen que a Fernando er Gayo le dieron un día la noticia de que había cogío er toro a un banderillero que jua mucho. Y Fernando er Gayo preguntó: "¿Ha ido er toro a la fonda?"

ISABELA: ¡Ja, ja, ja! Sí; de esa misma casta es mi Pepe.

Un güeso.

ROMAN: Un güeso, sí.

ISABELA: Pero un güeso de esos que no le dan sustansia a la oya.

ROMAN: Ya, ya.

AMALIA: Levantándose. Niña, usté disimule. ¿No quíe usté que le saque una sityta?

ISABELA: No, señora, no; grasias. Voy de paso.

AMALIA: ¿Ni usté tampoco, jovent?

ROMAN: Tampoco; grasias. Yo también voy de paso.

ISABELA: Muchas grasias.

AMALIA: No las merece. Se sienta.

ISABELA: A Román. Usté se casó?

ROMAN: ¡Yo no, hijal!

ISABELA: ¿Que no se casó usté?

ROMAN: ¡Que no me he casao!



ISABELA: ¡Pos yo no lo he soñao, Román!

ROMAN: ¡Pos no me he casao, Isabelita! ¿Qué usé que le enseñe la sédula?

ISABELA: No, hombre, no hace falta; basta que usé lo afirmé. Pero ¿de dónde habré yo sacao eso?

ROMAN: ¡Qué sé yo! Porque usé no tiene na que venga de mí.

ISABELA: ¡Ay, qué grasioso! ¿Y sería una vengansa haberlo casao?

ROMAN: Según. Con la novia que yo tenía, desde luego.

ISABELA: ¿Qué fue de eya?

ROMAN: *Tas una breve pausa.* Rabió.

ISABELA: Usé dispense, entonces.

ROMAN: ¡Quite usé; si estoy de enhorabuena!

ISABELA: Eso, sí. Si era de rabia, más vale que haya rabiao antes que después.

ROMAN: Pos era, era de rabia.

ISABELA: Ya se ha visto.

ROMAN: Y luego... ¡qué gentusa! Er padre, un sinvergüenza; y la madre... la madre, consonante der padre, como dise un amigo mío que escribe cuplés.

ISABELA: Ahora que usé habla de eso, sepa usé que to er mundo opinaba que iba usé a está muy mal empleado.

ROMAN: ¡Como que yo entré ayí sin sabé dónde me metía! Total: porque la muchacha torcia un poquiyto un pie, y a mí eso me hace gracia. Miste qué detaye.

ISABELA: ¿Sí, eh? *Magníficamente tuerse un piecesito.* Pos yo me figuré, al encontrármelo a usé aquí, que iba usé pa su casa.

ROMAN: Y pa mi casa voy.

ISABELA: No; pa la casa de eya.

ROMAN: Eya se ha mudao. Más bien dicho: la han mandao a mudá.

ISABELA: ¡Qué bochorro!

ROMAN: Pero no por ningún escándalo suyo, no; la justia es la justia. Sino que su padre dise que es borchevi- que y no le pagaba ar casero.

ISABELA: Un marchante borchevique tenemos nosotras que ya nos debe medio estanco.

ROMAN: Eya vive ahora en la calle Rositas.

ISABELA: ¿Quién?

ROMAN: Antonia.

ISABELA: Usé no se ha curao, Román.

ROMAN: ¿Por qué?

ISABELA: Porque está usé enterao de la calle en que vive.

ROMAN: Sí; pero no de la casa ni der número. Crea usé que me he curao. Tan curao estoy yo como usé, que parece mentira que haya estao mala. A usé le entró er gripe y a mí esa novia, y a los dos nos han dao ya de aria.

ISABELA: Eso.

ROMAN: Y ¡vayan con Dios la novia y er gripe!

ISABELA: Eso.

ROMAN: Y ahora... a disfrutá usé de su salí y yo de la mía.

ISABELA: Eso.

AMALLA: *Acercándoseles un poco nerviosa.* A mí me está dando angustia verlos a ustés de pie.

ROMAN: ¿Cómo?

AMALLA: Que me está dando angustia verlos de pie; que les voy a sacá una sityta.

ISABELA: No, señora, no; muchísimas gracias. Si ya nos despedimos. Yo voy muy aprisa.

ROMAN: Y yo no voy desasio tampoco.

AMALLA: Siendo así, como usedes quieren.

ISABELA: Muchísimas gracias.

ROMAN: Muchísimas gracias.

AMALLA: La ofresa de buena voluntad. *Vuelve a sentarse.*

ISABELA: Conque, Román, con Dios.

ROMAN: Con Dios, Isabela. Me he alegrao yo de este en cuenro. Y usté ¿adónde va por aquí?

ISABELA: Voy a la caye Francos por un percalayo, sino que voy buscando la sombra.

ROMAN: La sombra no necesita usté buscarla, porque la tiene usté desde que nació.

ISABELA: Doradó que es usté, Román.

ROMAN: Ahora soy platero.

ISABELA: ¿Ha cambiao usté de ofisio?

ROMAN: Por lo menos, estoy hablando en plata.

ISABELA: Siempre con las mismas finuras.

ROMAN: Son de nacimiento también, como la sombra que usté tiene.

*Anella no sabe ya reprimir su impaciencia y se agita en la silla. La pareja, aunque se despiden, no se separa.*

ISABELA: Pos que usté lo pase bien, Román.

ROMAN: Vaya usté con Dios, Isabela.

ISABELA: Le dará usté a su padre memorias mías.

ROMAN: Se las daré con mucho gusto. Y usté a su mamá de mi parte.

ISABELA: Gracias. A mi madre le es usté muy simpático.

ROMAN: Y eya a mí. Y a la tita... a la tita le dará usté la enhorabuena o er pésame. Lo que quiera usté darle.

ISABELA: Mita, y mitá.

ROMAN: Tabaco mesclao.

ISABELA: Eso.

ROMAN: Ya iré yo a haserles a ustedes una visitita.

ISABELA: ¡Hombre, sí! Pa argo está usté libre. Nos tiene usté olvidás. Mí madre me lo desía ayé; no, anté; no, tras de anté: Román se cree que hemos quitao el estanco.

ROMAN: No, sino que...

ISABELA: ¿Qué?

ROMAN: Pos mire usté, Isabela: vorriendo a la plata yo déjé de l por el estanco porque me pareció a mí toca que alguien me miraba ayí con malos ojos.

ISABELA: No sería yo.

ROMAN: ¡Usté con malos ojos! ¡Vamos!

ISABELA: Sin finuras. Si no era yo, ¿quién era? ¿Quisá *Pitonete*?

ROMAN: ¿*Pitonete*? ¡Pobre *Pitonete*! ¡Si estaba siempre más cayao que la esponja e los seyos!

ISABELA: ¡Por muchos gorpes que le dieran! Verdá que sí.

ROMAN: De más sabe usté quién yo digo.

ISABELA: No lo sé.

ROMAN: Si lo sabe.

ISABELA: ¡Que no lo sé!

ROMAN: ¡Que no lo sabe!

ISABELA: ¡Por mi salud que no lo sé!

ROMAN: ¡Vaya, le regalaré a usté el okto!

ISABELA: ¡Ave María Purísima! ¿Va usté a hablarme qui: sá de...?

ROMAN: ¡De ése!

ISABELA: ¡Si no he dicho de quién toavía!

ROMAN: ¡Pos de ése!

ISABELA: Sí, ¿verdá? ¿De ése?

ROMAN: ¡De ése!

ISABELA: ¡Várgame San Pedro y San Pablo!... ¿Pasa usté mucho por la Encarnación?

ROMAN: Casi toas las mañanas.

ISABELA: Y ¡ha reparao usté en un puesto de calabasas que paece un monte?

ROMAN: He reparao.

ISABELA: Pos bueno, er puesto es de ése, y toas aqueyas calabasas son mías. Se las he dao yo pa que haga negocio y se consuele así de su mal ánge.

ROMAN: ¿Qué le ha dao usté calabasas a Jasinto?



ISABELA: Pero ¿no lo sabía usted?

ROMAN: No lo sabía.

ISABELA: Sí lo sabía.

ROMAN: ¡Que no lo sabía!

ISABELA: ¡Que no lo sabía!

ROMAN: ¡Por mí saltó que no lo sabía! ¿Cuándo ha sido ese acontecimiento?

ISABELA: Acontecimiento resurrió. Saltó mi hombre del estanco que echaba chispas.

ROMAN: Y un hombre así, en un estanco, es un peligro.

ISABELA: Por eso lo planté yo en la caye. No se le orvidará er Viernes Santo.

ROMAN: ¿Er Viernes Santo fue?

ISABELA: Er Viernes Santo.

ROMAN: ¡Qué casualidad!

ISABELA: ¿Casualidad? ¿Por qué?

ROMAN: ¡Porque ese día reñí yo también con Antonia!

ISABELA: ¿Er Viernes Santo?

ROMAN: ¡Er Viernes Santo, por la tarde!

ISABELA: ¿También por la tarde?

ROMAN: ¿Por la tarde fueron las calabasas a Jasinto?

ISABELA: ¡Por la tarde!

ROMAN: ¡Señores! ¡Se cuenta y no se cree!

ISABELA: Eso.

*Amalia ya no puede más y entra en su casa, decidida.*

AMALLA: ¡Vaya!

ROMAN: Pero ¡que se cuenta y no se cree! ¡Ja, ja, ja! Deje usted que me ría.

ISABELA: ¡Cosas der demonio er Viernes Santo!

ROMAN: No; si de lo que me río es de que le haya usted dao calabasas a un tipo como ése, que a tos, en la tertulia del estanco, nos miraba con compasión. Er más rico, é; er más arto, é; er más guapo, é; er más gracioso, é...

ISABELA: Y er más chato, é. Y así se lo dije: que le far-

naba un deo de narises pa que yo lo quisiera. Y que er ge-  
nito se pué modifica con la educación y con er trato; pero  
que la nariz no tiene remedio: se muere uno con la que  
nase.

ROMAN: ¡Ja, ja, ja!

*Sale amalia con una silla, que le ofrece a Isabela.*

AMALLA: Ea, tenga usted.

ISABELA: Pero, ¡señora!

AMALLA: Ahora se sienta usted o no se sienta; pero yo me  
queo así más tranquilla.

ISABELA: Me sentaré un momento, no vaya usted a to-  
marlo a desaire.

AMALLA: ¡Claro está! Y ahora voy por otra pa usted.

ROMAN: Como usted guste; muchas gracias.

AMALLA: ¡Digo! ¡Con lo que toavía tienen ustedes que ha-  
blá! ¡Y eso que están de prisá! *Entra en su casa nueva-  
mente.*

ISABELA: Ha estao oportuna la mujé.

ROMAN: ¿Usted la conose?

ISABELA: Yo, no.

ROMAN: ¿No? Yo pensé que usted la conosta.

ISABELA: Pero ¿usted no la conose tampoco?

ROMAN: Yo no la he visto hasta esta tarde.

ISABELA: Doble amabilidad. Esto no sucede más que en  
Sevya.

*Vuelve Amalia con la silla para el mocho.*

AMALLA: Aquí la tiene usted.

ROMAN: Estimando, señora.

AMALLA: Amalia Ortega, pa servir a ustedes. Podéis ha-  
blá tranquilos, que por esta caye casi no pasa un arma.

ISABELA: Pos ya que es usted tan amable, ¿me querria  
usted traé una poquita e agua?

AMALLA: ¡No que no, hija mía! ¡Ahora mismo! ¿A qué  
está una? Se seca la garganta de habla.

ISABELA: Dios se lo pague a usted, señora.

*Amalia va a irse; pero antes le dice a Román, tocándole en un hombro y mirando complacida a Isabela.*

AMALIA: Tienes muy buen gusto.

ROMAN: Dorado que soy.

ISABELA: ¡Ja, ja, ja!

*Vase adentro Amalia.*

ROMAN: Esto sí que hay que verlo pa creerlo.

ISABELA: ¿Qué pensará cuarquiera que pase y nos encuentre en esta forma?

ROMAN: To menos que una mujer a quien ninguno de los dos conosemos se ha empeñado en sacarnos una sylvia.

ISABELA: ¿Cree usted que engañan las apariencias.

ROMAN: ¡Cree usted que engañan esta vez?

ISABELA: Espere usted que beba el agua pa contestarle.

ROMAN: Pos mientras viene el agua, oiga usted esta copla:

Quereré que andá necesita  
es querer de caye o plasa;  
quereré que toma sylvia,  
es quereré que ya está en casa.

*Isabela, ruborosa, se cubre el rostro con el abanico; pero mira sonriente a Román por entre las varillas.*

Masella, junio, 1919.